

Transitar con la experiencia: para pensar de otros modos³⁵

María Teresa Suárez Vaca*
Lola María Morales Mora**

Introducción

El Proyecto de investigación “Experiencia, ética y sujeto en el último Foucault”, motiva nuevas miradas sobre los trabajos epistemológicos de Michel Foucault como ejercicio filosófico, no como una teoría, sino como resonancias, como “una caja de herramientas” para ser utilizada en otros campos de saber, como es el caso de los estudios desarrollados en Colombia, donde sus planteamientos e instrumentos se constituyeron en inspiraciones para construir una nueva epistemología histórica de la pedagogía; ejemplos de dichas investigaciones han sido expuestos en las diferentes versiones del “*Seminario internacional Pensar de otro modo*”, cuyo objetivo ha sido profundizar la discusión sobre los usos de los conceptos foucaultianos en las investigaciones que se realizan en el campo de la educación y la pedagogía, y ha permitido plantear interrogantes frente a dos conceptos: práctica y experiencia. Este

35 Capítulo de libro que presenta los resultados del proyecto de investigación Experiencia, ética y sujeto del último Foucault. UPTC-DIN-SGI 2190.

* Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Correo electrónico: maria.suarez@uptc.edu.co

** Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Correo electrónico: lola.morales@uptc.edu.co

capítulo corresponde, en consecuencia, a una exploración teórica sobre la categoría experiencia como herramienta filosófica o como noción que finalmente sirve para reflexionar sobre cuestiones propias del campo de la educación y la pedagogía.

El plano de la experiencia es comprendida, desde los aportes de Foucault, como el proceso por el cual el sujeto se mantiene en una permanente constitución de sí, a partir de su relación consigo mismo y con los demás, la experiencia como un proceso de transformación y configuración del sujeto responde a un ejercicio de problematización que involucra y atraviesa las prácticas y discursos en torno al saber y al poder; en este sentido, este capítulo pretende plantear una exploración teórica desde diferentes ángulos del concepto de experiencia, tomando como fuente las últimas obras de Michel Foucault.

Además, a partir de la exploración del concepto, se busca dimensionar las implicaciones metodológicas y conceptuales que asume la experiencia, como una categoría que posibilita pensar de otros modos los objetos de investigación, y en consecuencia la exploración de otras formas de enunciación para el estudio de dichos objetos; y, por otra parte, reconocer en las investigaciones del autor, cómo las técnicas ejercidas sobre sí, entre las que se relacionan lectura, escritura, meditación y escucha, se constituyen en condiciones que posibilitan la emergencia de la experiencia.

Por último, se propone una aproximación a la manera como la categoría experiencia puede ser desplazada y puesta en movimiento en el ámbito educativo, desde una reflexión en torno al encuentro pedagógico, donde maestro y estudiante interactúan formando un tejido educativo que permite provocar experiencias bidireccionales.

Lo metodológico de la experiencia

Los trabajos de investigación adelantados por Michel Foucault, además de estar enmarcados por las variaciones conceptuales y los desplazamientos en sus intereses de estudio, están cargados de una

apuesta metodológica caracterizada por su “caja de herramientas”, en donde se encuentra que la experiencia funciona como un concepto/ categoría que permite estudiar las formas por las que el sujeto llega a constituirse como tal, inmerso en un contexto, que posee unas características históricas, sociales y culturales determinadas.

La apuesta metodológica en Foucault no está encaminada a crear una ruta investigativa que pueda ser replicada en cualquier tipo de investigación, no es una lista de indicaciones para obtener un resultado, como él mismo lo afirmó “nunca construyo un método general de valor definitivo para mí o para otros” (Foucault, 2013, p. 10); más bien, el método en Foucault es un reto por plantear otros sistemas de pensamiento y análisis que sean construidos según los intereses y las necesidades que van apareciendo en cada investigación.

Foucault demuestra una intención evidente por ser un experimentador, un ensayista que aprende a partir de la comprobación y de la puesta en juego de un equipamiento de instrumentos, que van surgiendo en el desarrollo del proyecto, esta apuesta por diseñar herramientas metodológicas que encajen con los objetos de estudio, implica no solo una apertura hacia la incertidumbre, sino también un trabajo de elaboración que permita develar en los enunciados, las unidades de análisis que llevan a problematizar el surgimiento de unas condiciones de posibilidad para la existencia de unas prácticas y unos discursos, en un momento determinado de la historia, donde la trascendencia está en los hallazgos, en el rastreo y en las pistas que van apareciendo durante el proceso, y no centrados solamente en los resultados finales. En términos de Foucault:

[...] es difícil indicar claramente cuál es el método que empleo. Cada uno de mis libros representa una manera de desentrañar un objeto y de construir un método de análisis orientado hacia ese fin. Cuando el trabajo está terminado, por supuesto, puedo en retrospectiva, deducir cuál ha sido la metodología utilizada en la experiencia que he acabado. (2003, p. 10)

Foucault presenta el método como un momento de creación, que encuentra su ruta a partir de la resonancia que tienen los descubrimientos que se manifiestan durante la investigación, y esa dificultad para exponer de forma clara cuál es el método empleado en una investigación de la que habla el autor está relacionada con la intuición, esa fuerza que conduce al investigador de manera inexplicable a proceder de una forma particular. Al tejer un método, unas formas singulares de abordar y de estudiar un objeto o un fenómeno, se recrean inesperadas e incluso indescifrables formas de abordar el objeto de estudio, porque estas formas no responden a una estructura con unas fronteras establecidas, por el contrario, encuentran un campo de acción ilimitado que le permite al investigador trasladarse de un lugar a otro, enlazando puntos de conexión entre diversos elementos y creando redes que permiten ver los objetos de estudio desde un plano fragmentado reconociendo sus piezas, hasta su forma compacta y completa.

Para Foucault el método está relacionado con la experiencia, porque la construcción paciente y consecutiva del método permite explorar esos otros modos de pensar, esos otros modos de percibir y comprender el mundo, esos otros modos de inquietarse y de buscar, es así que, si el método se consolida desde esos otros modos, en consecuencia, las lecturas y los hallazgos que tienen lugar a partir de la investigación, responderán a otras lógicas y a otros intereses y harán parte del mismo sujeto que investiga.

Construir el método requiere pensar unos sistemas propios de pensamiento para acercarse al objeto de estudio, caracterizarlo y darle forma, también estructurar unos instrumentos y unas categorías de análisis que, según el trabajo de Foucault, llevan a la creación de conceptos y de formas de enunciación para sustentar las hipótesis y los postulados que se proponen a través de una investigación; en últimas, el método provoca unas formas de pensar y de accionar, unas formas de proceder como investigador y en este sentido el método se construye como una situación, un acontecimiento del cual también emerge una experiencia de afectación que transforma y moviliza al sujeto que investiga, es una

experiencia que jala al sujeto hacia el avance de sus estructuras de pensamiento y de los conceptos de los que se vale para definirlos, comprenderlos y exponerlos a través del ejercicio de la escritura.

El método es completado por la escritura, ya que la escritura se convierte en un espacio de introspección en el que se plasma el recorrido, los senderos que se transitaron a través de la investigación, y se describen las herramientas que fueron usadas para develar y escudriñar el objeto de estudio, por tanto el método corresponde al ensamble final de la investigación, porque es el resultado de los hechos, de la historia que se creó a partir de ciertas inquietudes y que a lo largo del camino produce una transformación del sujeto que investiga.

Abordar la experiencia como una categoría metodológica supone un proceso de indagación sobre las prácticas y los discursos que influyen en la constitución de un sujeto, Foucault (2002) en su libro *Historia de la sexualidad II-El uso de los placeres*, describe la experiencia como “la correlación, dentro de una cultura entre campos de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad” (p. 11), esto acarrea el estudio del sujeto como ser de relaciones, como una unidad que está conectada a los saberes, las interacciones y las instituciones en las que se desenvuelve el sujeto en su contexto cotidiano, y de las cuales realiza apropiaciones para sus particulares formas de existir.

La experiencia puede considerarse como un lente metodológico que logra hacer una nueva lectura sobre temas que ya han sido estudiados desde otros campos de saber, una mirada para comprender desde otro ángulo al sujeto inmerso dentro de una cultura, que como consecuencia propicia otras interpretaciones frente a un objeto que pudo ser estudiado desde otras disciplinas como la historia o la antropología, pero esa otra mirada que se convirtió en la apuesta investigativa de Foucault, no solo se queda en exponer unos planteamientos distintos a los ya conocidos, sino que está sustentada a través de unas categorías que le dan validez y que han servido como rejillas de análisis para poder proponer un nuevo conocimiento frente a los discursos y las prácticas estudiadas.

Así, las herramientas metodológicas desde la perspectiva de Foucault, permiten pensar otras relaciones con los objetos de estudio, e incluso construir unas nuevas, y de este modo se toma la categoría experiencia desde varios ángulos, incluso desde su carácter histórico. La experiencia puede comprenderse desde una línea teórica en la medida que Foucault a través de sus escritos va definiendo y asignándole significados a lo que podría considerarse como experiencia en relación a la configuración de los sujetos, y a su vez, a la experiencia también se le considera una categoría metodológica, en la medida que se convierte en un lente de análisis para mirar los objetos estudio, y se constituye, en los últimos estudios de Foucault, como una manera de leer las formas de subjetivación, es decir, la experiencia es una categoría que metodológicamente moviliza unas formas de proceder en los modos en que se buscan los enunciados y se accede a las fuentes.

La experiencia como constitución de sí

Foucault, a lo largo de su obra, crea conceptos y categorías que le permiten comprender, a través de sus diferentes investigaciones, las condiciones de posibilidad por las que los sujetos llegan a configurarse de formas particulares, e identificar las causas que hacen que ciertas prácticas o discursos emerjan dentro de un contexto histórico determinado. Este filósofo, en la última etapa de su obra centra sus estudios en la experiencia, retomándola como una categoría que le proporciona las herramientas para analizar cómo los sujetos a partir de prácticas sobre sí mismos, se relacionan con unos juegos de verdad en busca del autoconocimiento y el autogobierno, circunstancias que le permiten al sujeto no solamente encontrar un estado de libertad, sino a la vez elaborar un arte del existir a partir de su dimensión ética, por esto, la cuestión en torno a “cómo se forma una experiencia en la que están ligadas la relación consigo y la relación con los otros, comporta todo un trabajo de problematización; que es todo un trabajo del pensar” (Gabilondo, 1999, p. 24).

Y es que la pregunta sobre cómo el sujeto hace experiencia de sí, se constituye en un foco de interés para el trabajo realizado por Foucault, en el cual, a partir de la búsqueda de enunciados históricos sobre las técnicas y prácticas que se realizaban en culturas como las de los griegos y más adelante en las modificaciones y propuestas hechas por el cristianismo, identifica la manera como se trazaban unas pautas y unas técnicas a través de las cuales el sujeto toma posición frente a su propio actuar y pensar, construyendo de esta manera relaciones con sí mismo, con los otros y con lo otro.

Pero aun cuando el sujeto a partir de diversas prácticas logre realizar experiencias de sí, para Foucault estas experiencias nunca serán un proceso acabado que posean un límite o fin determinado, por lo que afirma:

[...] es preciso renunciar a la esperanza de acceder alguna vez a un punto de vista que nos podría dar acceso al conocimiento completo y definitivo de lo que puede constituir nuestros límites históricos. Y desde este punto de vista la experiencia teórica y práctica que hacemos de nuestros límites y de su posible franqueamiento es siempre limitada, determinada y, por tanto, una experiencia que hay que volver a empezar de nuevo. (Foucault, 1999, p. 349)

Reconocer la imposibilidad de acceder al conocimiento como un conjunto de elementos únicos y terminados posibilita ubicar la experiencia como una búsqueda que conduce al sujeto a sus límites y al franqueamiento de sus propias posibilidades; por esto, supone un ir y venir constante por los juegos de verdad, identificando las condiciones en las que el sujeto construye un conocimiento sobre sí mismo y sobre su historia, promoviendo que a partir de esas experiencias el sujeto se transforme y se movilice, lo que implica un constante desgarramiento que le permita cambiar sus puntos de vista, repensarse y explorar otros lugares y espacios al emprender nuevas indagaciones, las cuales, en consecuencia, alteran los sistemas de pensamiento que se han instaurado; por tanto, la experiencia emerge a partir de unas prácticas del sujeto sobre sí, en las cuales, según Foucault (1999):

El cuidado de sí implica una nueva experiencia de sí. Se puede ver qué forma adopta esta nueva experiencia en los siglos I y II, en los que la introspección llega a ser cada vez más personalizada. Se vinculan estrechamente la escritura y la vigilancia. Se presta atención a los matices de la vida, a los estados del alma y a la lectura, y el acto de escribir intensifica y profundiza la experiencia de sí. Se abre todo un campo de experiencias que no existía con anterioridad. (p. 454)

Este tipo de prácticas y técnicas sobre sí sustentan el interés de Foucault por desarrollar un proyecto en el que se tiene en cuenta el “[...] estudio de la constitución del sujeto como objeto para sí mismo: la formación de los procedimientos mediante los cuales el sujeto es conducido a observarse a sí mismo, a analizarse, a descifrarse, a reconocerse como un dominio de saber posible” (Foucault, 1999, p. 365).

Esto se relaciona directamente con una historia de las formas de subjetividad, esta última definida como “la manera en que el sujeto hace la experiencia de sí mismo en un juego de verdad en el que tiene relación consigo” (Foucault, 1999, p. 365), y la subjetivación como el “proceso por el que se obtiene la constitución de un sujeto, más exactamente de una subjetividad, que evidentemente no es sino una de las posibilidades dadas de organización de una conciencia de sí” (Foucault, 1999, p. 387).

El sujeto está llamado a comprender y a considerar cómo las influencias sociales y culturales que se materializan a través de los conocimientos, las instituciones y las formas de gubernamentalidad, en las que ha estado inmerso influyen sus formas de constitución; es decir, la experiencia en gran medida, se centra en trastocar el tipo de relación que el sujeto establece con las cosas, con los otros y con él mismo, por lo tanto, la experiencia no es una transformación que se queda en el ámbito de lo individual, sino que, por medio de la interacción, esta puede llegar a afectar al otro para que también se transforme.

La experiencia, según Foucault, “es la racionalización de un proceso, así mismo provisional, que desemboca en un sujeto, o más bien en sujetos” (Foucault, 1999, p. 387), lo que implica una serie de técnicas en busca del conocimiento de sí mismo, en las cuales el sujeto pretende analizar y controlar sus formas de actuar; es por esto que realizar un recorrido sobre los planteamientos que consolidan estas técnicas de sí permite comprender las apropiaciones y las prácticas que se han promovido en torno a ellas, técnicas que elaboran y transforman la experiencia que un sujeto puede llegar a tener de sí mismo, prácticas que están ligadas a concebir la vida como una obra de arte, con espacios de libertad que se proponen afianzar la dimensión ética del sujeto traducida en el cuidado de sí.

La experiencia como conocimiento

Foucault (2014) se pregunta ¿qué es “sí mismo” y qué es “ocuparse”? Al considerar que es la primera gran emergencia de la teoría de *epimeleia heautou*. Y el conjunto de las prácticas en las cuales va a manifestarse esta inquietud de sí “tiene de hecho sus raíces en muy viejas prácticas, maneras de obrar, tipos y modalidades de experiencia que constituyeron su basamento histórico” (p. 58). Es decir, las particularidades y las prácticas son, en sí mismas, las condiciones que actúan como dispositivos para definir la *epimeleia heautou*. Aquí se evidencia otro concepto de experiencia, concebido como condiciones, o situaciones particulares que permiten construir conocimiento a partir de sus vivencias u observaciones.

Estas manifestaciones concebidas como experiencias, se constituyen también en circunstancias históricas, o condiciones ligadas con el conocimiento, el poder y por ende con la constitución del sujeto mismo:

La historia crítica del pensamiento no es ni una historia de las adquisiciones ni una historia de las ocultaciones de la verdad; es la historia de la emergencia de los juegos de verdad: es la historia de las «veridicciones», entendidas como las formas según las cuales se articulan, en un dominio de cosas,

discursos susceptibles de ser llamados verdaderos o falsos: cuáles han sido las condiciones de esta emergencia, el precio que, en alguna medida, ésta ha pagado, sus efectos en lo real y el modo en que, ligando cierto tipo de objeto a determinadas modalidades del sujeto, dicha emergencia ha constituido, para un tiempo, para un área y para individuos dados, el a priori histórico de una experiencia posible. (Foucault, 1999, p. 364)

Para Gabilondo (1999) la cuestión radica no solo en el reconocimiento de la existencia de experiencias como la locura, la enfermedad o la sexualidad; los saberes como la psiquiatría, la medicina, la sexología; el poder de las instituciones que tratan del control individual, sino “cómo hemos podido llegar a ser precisamente esa forma de conocimiento y ese tipo de poder; es decir, cómo esas experiencias están ligadas al conocimiento y al poder” (p. 17).

***Askesis* filosófica, una experiencia de sí**

El mayor interés de Foucault (1999) se orienta al estudio hermenéutico de la filosofía grecorromana de los dos primeros siglos del comienzo del Imperio romano, filosofía concebida a través de prácticas que adoptaron la forma de un precepto: *epimeleisthai sautoú*, es decir, “ocuparse de sí”, tener “cuidado de sí”, “preocuparse, cuidar de sí”:

Para los griegos, este precepto del “cuidarse de sí” figuraba como uno de los grandes principios de las ciudades, una de las grandes reglas de conducta de la vida social y personal, uno de los fundamentos del arte de vivir. (p. 446)

Es decir, una práctica filosófica que concierne a la propia vida, y que afecta a la sociedad.

Foucault (2014) considera esto como *ascesis* filosófica; una práctica de sí, que tiene como fin un arte de vivir, no objetiva el saber como algo externo, dado por un texto o por fe, sino, por el contrario, lo subjetiva, es una práctica sobre sí mismo, pues los saberes se viven y hacen experiencia de sí a través de procedimientos, prácticas o

ejercicios; por lo tanto, el objetivo es la constitución de una relación consigo, plena e independiente, que permita hacer propios los discursos, y al sujeto un enunciador de verdades; esta preparación o equipamiento se le conoció como *paraskeue*, que es la preparación o el equipamiento:

Es la forma que deben asumir los discursos de verdad para poder constituir la matriz de los comportamientos racionales. La *paraskeue* es la estructura de transformación permanente de los discursos de verdad bien anclados en el sujeto, en principios de comportamiento moralmente admisibles. (Foucault, 2014, p. 313)

Es decir, son los elementos que permitan la transformación del *logos* en *ethos*, para esto se requiere un conjunto de prácticas, ejercicios y procedimientos en que el individuo se dirige a sí mismo, y por lo tanto constituyen un decir y un saber que hace parte de sí.

La *Askesis* es lo que permite que el decir veraz –decir veraz dirigido al sujeto, decir veraz que este ese dirige a sí mismo– se constituya como manera de ser del sujeto. La *Askesis* hace del decir veraz un modo de ser del sujeto. (Foucault, 2014, p. 313)

De manera concluyente, la *ascesis* filosófica reconoce tres objetivos claves. En primera instancia, un reconocimiento de sí y no una renuncia de sí, “postularse a sí mismo, y de la manera más explícita, más fuerte, más continua, más obstinada posible, como fin de su propia existencia” (Foucault, 2014, p. 316); este reconocimiento es el punto de partida, implica un estado de atención permanente sobre lo que se sabe, se piensa y se hace. Segundo, una preparación como forma de constitución de sí, proveernos de algo que no poseemos por naturaleza, “Se trata de constituir para sí un equipamiento, equipamiento de defensa para los acontecimientos de la vida. A lo que los griegos llamaban *paraskeue*” (Foucault, 2014, p. 316); es la estructura que configura un saber y una manera de ser y solo se logra por medio de ejercicios. Finalmente, la subjetivación del discurso de verdad, cuando este discurso hace parte del individuo y de su vida, no es la objetivación del discurso por obligación, es

decir, “no tiene por principio el sometimiento del individuo a la ley. Su principio es ligar al individuo con la verdad, lazo con la verdad y no sometimiento a la ley” (Foucault, 2014, p. 316).

En este punto, se reconocen como vitales las técnicas y prácticas que permiten construir el equipamiento y sirven de soporte a la *ascesis* para llegar a la subjetivación del discurso de verdad, estos son conocidos como Ejercicios espirituales.

El filósofo y los ejercicios espirituales, acontecimientos para hacer experiencia

Foucault (1996), a partir del objetivo de bosquejar una historia de las diferentes maneras en que los hombres elaboran un saber sobre sí mismos a partir de unos juegos de verdad instituidos, determina unas técnicas organizadas en cuatro categorías que posibilitan maneras de ser. Las técnicas de producción: que permiten producir, transformar y manipular objetos; Las técnicas de sistemas de signos: que permiten el uso de signos, sentidos, símbolos o de la significación. Las técnicas de poder: que determinan la conducta de los individuos, el sometimiento o la dominación. Y las técnicas de sí, que son operaciones o prácticas efectuadas por sí mismos.

Estas técnicas se constituyen en ejercicios que modifican y transforman al sujeto puesto que no solo producen nuevas aptitudes, sino transforman también sus actitudes. Son una serie de operaciones y prácticas efectuadas individualmente, pero motivadas por otros, sobre el cuerpo, el alma, las conductas y un modo de ser para la constitución de sí. Plantear que estas técnicas de sí se constituyen en acontecimientos para hacer experiencia, implica reconocer los estudios de Foucault en la hermenéutica de sí dentro de contextos de la filosofía grecorromana de los dos primeros siglos del comienzo del Imperio romano; los estudios del contexto de la espiritualidad cristiana en los siglos IV y V, por su parte, demuestran técnicas de renuncia de sí.

El abordaje, como ya se ha manifestado no es solamente retórico, pues se encuentra vinculado con el conjunto de prácticas pertenecientes al precepto *epimeleisthai sautoú*, que se refiere a ocuparse, preocuparse y cuidar de sí. Para Foucault (2013), “Una experiencia es algo de lo que uno mismo sale transformado” (p. 33). De tal manera que estas operaciones se pueden considerar prácticas para hacer experiencia, pues la intención se relaciona con búsquedas particulares como “...alcanzar cierto estado de felicidad, de fuerza, de sabiduría, de perfección o de inmortalidad” (Foucault, 1999b p. 435), es decir, prácticas de vida, de virtud y por ende prácticas de transformación de sí.

... del filósofo

En estas indagaciones Foucault destaca cómo los sujetos requieren ciertas maneras de educación y de pedagogía, las cuales operan de modo externo para motivar transformaciones, o para producir una constitución de sí. A lo largo de su obra resalta el lugar del Maestro - filósofo, como la persona idónea para provocar este cuidado de sí.

Este acto pedagógico, puede ser una invitación, “...Sócrates dice tres cosas importantes que tienen que ver con la manera en que se invita a los demás a ocuparse de sí mismos” (Foucault, 1999b, p. 447). En el texto se insinúa a Sócrates como el Maestro provocador de experiencias, que incita, advierte, pero que con fuerza se convierte en “un principio de agitación, un principio de movimiento, un principio de desasosiego, permanente a lo largo de la vida” (Foucault, 2014, p. 24). Sin embargo, provocar, cuestionar e invitar, no es suficiente; el texto del Alcibíades evidencia como Sócrates encarna el maestro que se preocupa por el cuidado sí en el otro, es decir, uno no puede preocuparse por sí mismo sin pasar “por el maestro, no hay inquietud de sí sin la presencia de un maestro. Pero lo que define la posición de este es que se preocupa por la inquietud que aquel a quien guía puede sentir con respecto a sí mismo” (Foucault, 2014, p. 72).

Y esta actitud es la que define la posición del maestro como un sujeto vital, en el aprender a cuidar de sí mismo, y lo diferencia del profesor que simplemente guía enseñando aptitudes y saberes. El maestro, ese "otro" que se constituye en mediador indispensable, con el que se establece una relación y moviliza un contenido, maestros generalmente filósofos, que cuidan de sí, escritores de tratados, pues, como manifiesta Foucault (2014), "para que la práctica de sí llegue a ese yo al que apunta, es indispensable el otro" (p. 131). Personajes instituidos, los cuales se destacan como necesarios, algunos son denominados por Foucault como "del magisterio del ejemplo", modelos de comportamiento, representado por los mayores prestigiosos o los gloriosos de la ciudad, quienes inspiran por medio de la palabra. Otros pertenecientes al "magisterio de la competencia", transmisores de conocimientos, principios, aptitudes, destrezas técnicas, y finalmente el "magisterio socrático", el que dialoga y pregunta.

Aunque existen diferencias frente algunas percepciones en el periodo helenístico y romano, al comienzo del imperio, con la época clásica, la presencia del maestro es vital dentro del reconocimiento de la ignorancia y la constitución de sujetos. Pero existe un detalle importante en esta última época que hace la diferencia para pensar la subjetividad y por ende la noción de experiencia, y es que el Maestro no es el maestro de la memoria, el tradicional, no es un dador de contenidos, verdades o datos, que muestra el no saber para luego dar un saber; o el que instruye técnicamente en un hacer "el maestro es un operador en la reforma del individuo y su formación como sujeto. Es el mediador en la relación del individuo con su constitución del sujeto (Foucault, 2014, p. 133). Es decir, una acción que afecta el modo de ser y transforma.

Este aspecto se considera importante para la noción de experiencia y para comprender las relaciones pedagógicas, pues la idea del filósofo como la respuesta a la cuestión de quién puede incidir y provocar la constitución del sujeto por sí mismo, es un hallazgo común en todas las corrientes filosóficas, un mediador que puede lograr que los individuos se quieran a sí mismos y alcancen soberanía sobre

sí. Foucault considera que esta es una de las diferencias entre la filosofía y la retórica:

La retórica es el inventario y el análisis de los medios por los cuales se puede actuar sobre los demás, por conducto del discurso. La filosofía es el conjunto de los principios y prácticas que uno puede tener a su disposición o poner a disposición de los otros, para cuidar como corresponde de uno mismo y de los demás. (Foucault, 2014, p. 140)

Algunos elementos destacables corresponden a la organización institucional, en donde los filósofos proponen mediaciones que permitan preocuparse por sí mismos. La escuela, *skhole* en el caso de los pitagóricos y los epicúreos, lugares de existencia comunitaria que pretendieron direcciones de conciencia a través de principios. Se reconoce un principio interesante denominado *parrhesia* que es el hablar claro, un compromiso de relación intercomunicativa fundamentada en la verdad, en la sinceridad, en la libertad, que junto con la amistad se constituyó en un principio ético fundamental para la dirección “que hace que en el campo de los conocimientos verdaderos pueda utilizarse el que es pertinente para la transformación, la modificación, el mejoramiento del sujeto” (Foucault, 2014, p. 238). En el caso de la dirección de conciencia en los estoicos, no se vinculaban prácticas comunitarias o de coexistencia, eran reuniones frecuentes y de exigencia, allí se destacan dos cualidades del filósofo, refutar en el arte de la discusión y encauzar la inteligencia del otro, para hacerle comprender. Esto con el fin de dirigir como corresponde.

Otro elemento que se puede resaltar es cómo los textos se constituyen en recursos vitales, en una especie de manual para la práctica pedagógica, pues este imperativo de práctica de sí fue difundido por los filósofos, quienes escribieron sus nociones en textos, textos que se publicaron y circularon; por ejemplo, “el primer texto epicúreo que sirvió de manual de moral fue la Carta a Meneceo” (Foucault, 1999b, p. 448); también reconoce y examina el *Alcibíades I* de Platón como una elaboración filosófica del cuidado de sí, y manifiesta que los neoplatónicos de los siglos III y IV “querían transformar

los diálogos de Platón en una herramienta pedagógica y hacer de ellos la matriz del saber enciclopédico” (Foucault, 1999b, p. 449), un texto que había que leer y estudiar, pues era considerado el *arché*. Su estudio era para aquel joven dotado, que quisiera practicar la virtud y tener acceso a la verdad a partir de una transformación en su modo de ser. Esta relación con los textos es diferente a la que se plantea en el cristianismo, pues la relación con el texto revelado es de fe y de renuncia.

La constitución de sí implica un acceso al conocimiento o al decir veraz, y surge la cuestión de cómo establecer una relación con las prácticas del sujeto; una característica común se plantea desde la utilidad del conocimiento que afecta o determina la existencia humana. Foucault (2014) la identifica como una de las caracterizaciones más claras en la ética de saber y la verdad, que no diferencia entre las cosas del mundo y cosas de naturaleza humana, la distinción se da en el modo de saber y cómo este tiene efecto en la manera de actuar, es decir cuando afecta o transforma el *ethos* del sujeto. Esto demuestra que volver la mirada a sí mismo, o el conocimiento de sí, no solo es un saber referido a sí mismo, donde el yo es el objeto de estudio, también implica una relación y articulación con el conocimiento externo, sí es útil, es capaz de transformar el modo de ser del sujeto, en palabras de Foucault (2014) “es un saber que se refiera a las cosas, que se refiera al mundo, que se refiera a los dioses y los hombres, pero que tenga como efecto y función la modificación del ser del sujeto” (p. 239).

Para los epicúreos, el saber se ubica en la noción de *physologia*, que “es la modalidad del saber de la naturaleza en tanto es filosóficamente pertinente para la práctica de sí” (Foucault, 2014, p. 234), estos conocimientos preparan, constituyen al ser, lo que denominan *paraskeue* que es el equipamiento o la preparación del sujeto y del alma, son herramientas que producen una actitud altiva y de arrojo, para enfrentar la vida. La *physologia* tiene un componente destacable, y es que su adquisición hace que el sujeto dependa de sí mismo; y esto provoca un efecto de placer, de sentirse bien y orgulloso consigo y por sí mismo. Por lo tanto, requiere la pregunta

constante y la mirada permanente por la autoafirmación de lo hecho y aprendido. De manera concluyente, el conocimiento de la naturaleza sirve de principio a la conducta, transforma, produce placer, serenidad y libertad; es decir, el saber del mundo es, en la práctica de sí, un elemento efectivo en la transformación del sujeto por sí mismo.

La lectura y la escritura como ejercicios espirituales

Foucault reconoce la lectura y la escritura como parte de las técnicas del cuidado de sí, las cuales posibilitan que el sujeto llegue al reconocimiento de sus propias experiencias, como una unidad de análisis que lo convoca a comprender las condiciones que posibilitan su realidad histórica y cultural, en el marco de unas relaciones de poder que se visibilizan a través de instituciones y de la interacción con el otro y con lo otro, llegando a suscitar una inquietud de sí, la cual:

[...] siempre cobra forma en el interior de redes o grupos determinados y distintos entre sí, con combinaciones entre lo cultural, lo terapéutico -en el sentir que ya dijimos- y el saber, la teoría, pero [se trata de] relaciones variables según los grupos, los medios y los casos. (Foucault, 2014, p. 125)

La inquietud de sí es un proceso que, aunque exige una actitud de búsqueda y una disposición personal para entender las características y matices de la propia individualidad, no tiene lugar en el sujeto como un ser aislado,

La inquietud de sí no puede manifestarse y, sobre todo, no puede practicarse como ser humano en cuanto tal, en cuanto mero integrante de la comunidad humana, aun cuando esta pertenencia sea muy importante. Sólo puede practicarse dentro del grupo, y del grupo en su carácter distintivo. (Foucault, 2014, p. 125)

Lo que sugiere unos espacios de interacción y proximidad con el otro para que emerjan todo tipo de experiencias.

La lectura y la escritura cobran fuerza al ser traducidas como técnicas que le permiten al sujeto realizar una revisión de sus prácticas y de sus formas de conducirse en el mundo, por esto Foucault (2014) menciona que

Lo esencial, si lo prefieren, ya sea del orden de la memoria o del orden de la lectura, es esa revisión de la jornada pasada, revisión que es obligatoria al final, en el momento en el que uno se va a dormir, y que permite hacer el balance de las cosas que tenía que hacer, de las que hizo y de la manera como las hizo en comparación con la manera como debería haberlas hecho. (p. 166)

Esa revisión de los actos realizados durante el día supone un espacio y momento para reconocer la experiencia vivida durante el día, escudriñar sus sentidos y significados y reconocer la afectación que esta puede tener en su constitución como sujeto, en una dinámica constante de transformación, es un acto que a través del ejercicio constante se naturaliza como un momento para hacer una lectura de lo que se hace, dar cuenta a uno mismo, y a los demás si es necesario, de las formas de proceder, examinando, además, si estas eran las más convenientes o no.

“Mediante la lectura, se trata esencialmente –en todo caso, ése es su objetivo principal– de suscitar una meditación” (Foucault, 2014, p. 338). Una meditación que le exige al sujeto detenerse a analizar sus propios modos de vida y tomar distancia de sí mismo para captar su esencia y activar el pensamiento. La lectura, por otra parte, “indiferente al autor, indiferente al contexto de la frase o la sentencia” (Foucault, 2014, p. 340), logra movilizar al sujeto desde sus realidades tangibles hasta situaciones ficticias que producen un desplazamiento hacia fronteras desconocidas.

Y esto da cuenta del efecto que se espera de la lectura: no se trata de comprender lo que quiere decir un autor, sino de la constitución para sí de un equipamiento de proposiciones verdaderas, que sea efectivamente nuestro

[...]. No es cuestión de armarse una marquería de proposiciones de orígenes diferentes, sino de construir una trama sólida de proposiciones que valgan como prescripciones, de discursos de verdad que sean al mismo tiempo principios de comportamiento. (Foucault, 2014, p. 341)

La lectura y la escritura se consolidan como herramientas que equipan al sujeto para encontrar en las experiencias las manifestaciones de verdad, que se convierten en el sustento para que este se transforme y produzca otros modos de pensar y de actuar en el mundo. Estas dos herramientas se encuentran íntimamente ligadas la una con la otra, si se tiene en cuenta que “si la lectura se concibe de tal modo como ejercicio, experiencia, si su único fin es meditar, es indudable que estará inmediatamente ligada a la escritura (Foucault, 2014, p. 341). La lectura y la escritura se complementan entre sí, posibilitando que el sujeto, a partir de sus lecturas, genere inquietudes e interpretaciones que se exteriorizan a través de la escritura, escritos que son objeto de relectura para prolongar y fortalecer el ejercicio de la meditación. De esta manera la escritura es definida por Foucault (2014) como

[...] un elemento de ejercicio, con la ventaja de tener dos usos posibles y simultáneos. El uso, en cierto modo, para sí mismo. Puesto que, en el mero hecho de escribir, precisamente, asimilamos la cosa misma en lo que pensamos. La ayudamos a implantarse en el alma, la ayudamos a implantarse en el cuerpo, a convertirse en una especie de hábito o, en todo caso, de virtualidad física [...] Uso para sí; pero la escritura, desde luego, también es un uso, sirve para los otros. (pp. 342-343)

Considerar la escritura y la lectura como ejercicios es una invitación a hacer de estas prácticas parte del quehacer diario, como un tiempo y un espacio para que el sujeto se enfoque en sí mismo y reconozca,

desde sus pensamientos y acciones, las relaciones que entabla con los demás y con los saberes a los que está expuesto, con el objetivo de conocer cómo dichas relaciones influyen en sus transformaciones, a través de las experiencias que emergen de estos ejercicios.

La escucha

Considerada como esencial, pues en una cultura oral es la mejor manera de recoger el *logos* que circula como verdad. Esa verdad escuchada va directo al sujeto y a hacer parte de sí, un arte capital que aleja de la mentira en el discurso de los retóricos; la escucha es una experiencia personal en donde no se está bajo el control de sus maestros, "...sino en la postura de quien acoge el *logos*. Durante la conferencia se permanece en silencio. A continuación, se reflexiona al respecto. Así se define el arte de escuchar la voz del maestro y la voz de la razón en sí mismo" (Foucault, 1999b, p. 457).

Trae al caso estudios sobre la ambigüedad de la audición, uno fundamentado en Plutarco, su tratado de la escucha, donde el oído es el más *pathetikos* y el más *logikos* de todos los sentidos; *pathetikos* por la pasividad del cuerpo y *logikos* pues puede recibir el *logos*, para Plutarco mediante el oído se aprende la virtud.

En el caso de Séneca, en la carta 108, retoma la pasividad de la escucha, es decir el *pathetikos*; puede producir ambigüedad, pues de acuerdo con la atención que se escuche se afecta o no el alma. Manifiesta en esta carta, que estar como *discipuli* (discípulos o alumnos) o como *inquilini* (locatarios) hace la diferencia; todos pueden estar y escuchar el *logos* de verdad; en el primer caso, sí hace parte de sí, y en los locatarios no; por lo tanto, la escucha que trasciende depende de la atención correcta "de allí la necesidad de cierto arte, o, en todo caso, de cierta técnica, cierta manera conveniente de escuchar" (Foucault, 2014, p. 322).

El autor cita también a Epicteto, quien manifiesta que la ambigüedad está en el *lógikos*; pues la escucha exige un *logos* organizado, una *lexis* que es la manera en que se dice el *logos*, las palabras, los términos,

el vocabulario. Por lo tanto, dependiendo de esta *lexis*, el oyente se siente o no cautivado para hacer de sí el *logos*. Reconoce en *Epicteto* una noción importante de la ascesis de la escucha, relacionada con el *logos*, y la *lexis*. Pues bien, dice *Epicteto*, para saber hablar como corresponde, útilmente, para evitar hablar de manera vana o perjudicial, hace falta algo, que es una *tekhne*, un arte. También para esculpir como corresponde hace falta cierta *tekhne*. Y bien, para escuchar hace falta una *empeiria*, vale decir la competencia, la experiencia, digamos la habilidad adquirida. También es necesaria la *tribe* (que es la aplicación, la práctica asidua) (Foucault, 2014).

La *tekhne* implica conocimiento, la *empeiria* se adquiere a través de la *tribe* que es la práctica; pero, como la escucha es un primer momento de acceso al *logos*, se puede constituir en una habilidad relacionada con la atención y a través de la práctica continua. “*Epicteto* subraya claramente que, para hablar como se debe, se necesita *tekhne*, un arte. Mientras que para escuchar se necesita experiencia, competencia, práctica asidua, atención, etcétera.” (Foucault, 2014, pp. 323-324); por lo tanto, reconoce que la búsqueda en la práctica de sí es la escucha lógica, la cual se logra por tres medios: el silencio, la inmovilidad del cuerpo y la actitud.

El silencio

Como regla milenaria en las prácticas de sí, en los Pitagóricos, Plutarco, Séneca es un tema muy marcado. “Plutarco hace del aprendizaje del silencio uno de los elementos esenciales de la buena educación. El silencio, dice en el tratado de la charlatanería, tiene algo de misterioso y profundo” (Foucault, 2014, pp. 325-326).

Resalta en Plutarco la economía de la palabra, y reconoce la importancia no solo en escuchar cuando el otro habla, sino en el silencio sobre la reciente escucha, no traducir en palabras inmediatamente lo escuchado, sino retenerlo, pues la escucha es vital para el *logos*.

La inmovilidad del cuerpo

Se convierte en otra condición para acoger la palabra y que esta llegue al alma, una regla fundamental de inmovilidad del cuerpo, que garantiza la calidad de la atención y la transparencia del alma frente a lo que va a decirse, y un sistema semiótico que va a imponer marcas de atención mediante las cuales al mismo tiempo el oyente se comunica con el orador y se garantiza a sí mismo que su atención sigue con claridad el discurso de ese orador (Foucault, 2014).

Foucault encuentra esto en un texto de Filón de Alejandría; el cómo un grupo espiritual debe adquirir una actitud corporal y de escucha frente al orador, la inmovilidad como garantía de la moralidad, el dominio del cuerpo y los movimientos. El lenguaje corporal demuestra la capacidad de atención y la comprensión de lo expresado por el orador, esta inmovilidad, es la que permite al *logos* penetrar el alma, hacer parte de sí.

La actitud

Es otro principio importante que permite la buena escucha de la filosofía, corresponde al “compromiso, de manifestación de la voluntad del oyente, manifestación que suscita y mantiene el discurso del maestro” (Foucault, 2014, p. 330). La actitud como corresponde busca conocer la verdad; encontrar el *pragma*, es decir, la esencia, de la proposición verdadera, que puede transformarse en acción, o en precepto de vida que puede hacer parte de sí; por lo tanto “la atención no debe dirigirse hacia la belleza de las formas; tampoco hacia la gramática y el vocabulario; y ni siquiera hacia la refutación de las argucias filosóficas o sofísticas. Hay que comprender lo que se dice” (Foucault, 2014, p. 334). Pero esto aún no es suficiente, se sugiere una revisión de sí, para verificar si lo escuchado afecta, si transforma o le atraviesa, si lo escuchado hace experiencia, es decir, que poco a poco se vuelve un discurso de verdad subjetivado, apropiado.

La meditación como un ejercicio espiritual

En la filosofía antigua, la meditación se considera una técnica de observación de sí mismo, un discurso interior que ayuda a pensar en el hacer cotidiano, y que finalmente constituye al ser.

Una 'meditación', al contrario, produce, como otros tantos acontecimientos, discursivos, nuevos enunciados que traen aparejadas una serie de modificaciones del sujeto enunciador [...] En la meditación, el sujeto es modificado sin cesar por su propio movimiento [...] en síntesis, la meditación implica un sujeto móvil y modificable por el efecto mismo de los acontecimientos discursivos que se producen. (Foucault, 2014, p. 340)

Conocida como *meditatio*, corresponde al ejercicio de apropiación de un pensamiento, al convencimiento del mismo, a través de la repetición, por lo cual se puede traer tan pronto se presente la necesidad, o la ocasión, el sujeto que actúa como corresponde,

Consiste en hacer una especie de experiencia, una experiencia de identificación. Me refiero a esto: en el caso de la *meditatio*, se trata no tanto de pensar en la cosa misma sino de ejercitarse en la cosa en la cual se piensa. (Foucault, 2014, p. 339)

Para Foucault (1999), *mélete* es una reflexión sobre los términos y los argumentos, "es prever la situación real a través del diálogo de los pensamientos" (p. 461). Es decir, tener previstas las reacciones y recordarlas ante un posible acontecimiento, es imaginar cómo reaccionar o qué postura adoptar ante una situación. Este razonamiento bajo supuestos es el que se juzga en la meditación. En los estoicos, existió una práctica reconocida como *praemeditatio malorum*, una experiencia ética, un ejercicio de imaginación de la desgracia futura, pues se pensaba lo peor, incluso con pocas probabilidades de producirse, con la intención de sentir que tales sufrimientos no eran males reales; para los epicúreos, esta práctica la encontraban inútil, pues consideraban valioso recordar los placeres pasados, para así gozar de los acontecimientos presentes.

La meditación, por lo tanto, no es un juego del sujeto con su propio pensamiento, no es un juego del sujeto con el objeto o los objetos posibles de su pensamiento. No es algo del orden de la variación eidética, como se diría en la fenomenología. Se trata de un tipo muy distinto de juego: no juego del sujeto con su propio pensamiento, o sus propios pensamientos, sino juego efectuado por el pensamiento sobre el sujeto mismo (Foucault, 2014).

Del encuentro pedagógico a la experiencia

A lo largo de este capítulo nos hemos encargado de escudriñar sobre los umbrales y las posibilidades que proporciona la experiencia, no solo como una categoría teórico metodológica que impulsa unas formas de análisis y unos trazos para comprender cómo los sujetos se forman y se transforman, sino también como una apuesta por reconocerse a sí mismo desde su actuar y desde su propia cotidianidad. Ahora, para ir cerrando, nos resta abordar la inquietud en torno a pensar el ejercicio educativo en clave de experiencia. Pensar, por ejemplo, la manera como el maestro y el estudiante convergen en un espacio, lugar y tiempo particular. Un espacio, además, que no siempre aparece de forma predeterminada, ya que el ejercicio educativo al que se hace mención no está caracterizado ni enmarcado en la estructura de la educación formal, que busca controlar y planear anticipadamente todo lo que puede acontecer; desde la perspectiva aquí planteada se piensa el acto educativo como un espacio en el que se comparte, se interactúa, se escucha y se dialoga, con la intención de provocar en el otro un estado de desequilibrio, desacomodo, ese estado de desencajamiento de las piezas que provoca el deseo de indagar y avanzar en el pensamiento.

Cuando se plantea la idea de pensar en lo educativo, es necesario tomar como referente el encuentro pedagógico, el cual está caracterizado por comprender que los sujetos que participan de él cuentan con una serie de particularidades, que están atravesados por un conjunto de saberes, prácticas y discursos que los han constituido a lo largo de su vida y que dichos elementos direccionan el tipo de relaciones que se tejen en los encuentros pedagógicos,

reconociendo que estas interacciones pueden provocar en sus participantes el surgimiento de nuevas experiencias.

¿Cómo provocar experiencias a partir de un encuentro pedagógico?, es una pregunta que surge como resultado del rastreo realizado y desde el cual se logran extraer elementos que podrían contribuir en proyectar un horizonte que logre no tanto dar una respuesta concreta y finalizada, que estaría lejos del interés que nos convoca, pero sí encontrar algunas pistas que nos hagan reflexionar y pensar sobre su puesta en práctica en un ejercicio educativo real.

El encuentro pedagógico es un hallarse de manera intersubjetiva, donde los participantes comparten desde su propio ser y hacer, donde se escucha la voz y los aportes del otro para pensar juntos y construir en colectivo otras posibilidades de configurar saberes, hay un interés recíproco por aprender y por reestructurar los esquemas de pensamiento que se han instaurado; para esto es indispensable atravesar por un proceso de reconocimiento de sí mismo y del otro, este ejercicio de reconocimiento permite que quienes hacen parte de este encuentro contemplen las posibilidades que cada integrante le puede ofrecer al colectivo, desde sus saberes, sus vivencias y también desde sus experiencias, desde las situaciones que han afectado su vida, su estado de equilibrio y los han hecho avanzar en sus formas de comprender el mundo e identificar la posición desde la cual deciden relacionarse con todo aquello que los rodea.

El reconocimiento como un proceso por el cual se conoce y se comprende al otro desde su propia subjetividad logra capturar los aportes de cada participante, que pueden enriquecer las experiencias de otros; cuando se reconoce a sí mismo y a los otros como sujetos de transformación, se propicia un interactuar sin limitaciones, sin poner fronteras en el pensamiento y sin temores a ser juzgados por usar unos u otros argumentos: el encuentro pedagógico visto desde la experiencia sería un cruce de diálogos en donde prima un sentido de igualdad, las personas que interactúan entre sí comparten desde un sentido de apertura y confianza, donde se valoran las diferencias y se potencian como formas de completar el conjunto.

Para que exista un encuentro en los términos que se ha venido exponiendo, se requiere también la presencia de una comunicación permanente, de una escucha atenta que admita en la voz del otro una fuente para movilizar el propio pensamiento, para valorar sus argumentos eligiendo cuáles son pertinentes, cuáles necesitan ser elaborados de una manera más precisa y cuáles podrían opcionalmente ser apropiados como parte del propio equipamiento intelectual, reconocer en la palabra del otro la posibilidad de aprender y descubrir con el otro, construyendo un tejido que enlaza y crea conexiones no solo en el pensamiento sino en la relación de proximidad y resonancia con el otro y con lo otro.

El tiempo y los espacios en los que tiene lugar el encuentro pedagógico no están condicionados, no están determinados por unas características físicas establecidas, mejor tienen que ver con un espacio que le permita a los sujetos conectarse con la presencia del otro y coincidir en unas intenciones, es cohabitar con el otro en un encuentro de inquietudes, de sentimientos de alegría o de tristeza, de incertidumbres y de asombros, es un tiempo para aislarse de lo que pareciera estar consolidado como verdad y estudiarlo desde la propia inquietud, es un espacio para indagar en compañía del otro, para generar otras preguntas que seguramente conducirán a otras formas de pensar, y eso es lo que se busca a partir de poner en juego la experiencia, que el sujeto reconozca y experimente que se puede transformar a partir de sus interacciones, de sus búsquedas y de todas aquellas cosas que atraviesan su vida, que su pensamiento se desplace hacia otros lugares y logre configurar otras formas de experimentar y de conocer el mundo.

En este sentido, el encuentro no busca consolidar certezas sobre un saber, ni pretende que sus participantes coincidan de la misma manera sobre sus formas de pensar o de proceder, por el contrario busca que desde el interactuar del colectivo se pueda descentrar de manera singular a cada sujeto, propiciando un ambiente de reflexión donde confluyan ideas desde diferentes perspectivas, y cada sujeto logre forjar sus propias estructuras, desde las que lee y analiza las cosas que le suceden y las experiencias que lo forman y

lo transforman en otro. Ese descentramiento es indispensable para no mantenerse estático ni anclado a lo mismo, el sujeto como ser de aprendizaje precisa de una constante ráfaga de estímulos que lo empujen a nuevas creaciones y a nuevas formas de razonamiento.

La experiencia puesta en el ámbito de lo pedagógico se traduce en la vivencia de la alteridad, esa posibilidad de ser otro, de transformarse y cambiar, de exteriorizar y compartir con el otro sus modos de vida para que estos puedan convertirse en detonantes que impulsen a ese otro a revisarse a sí mismo, a examinarse a inquietarse y a conocer su propio transitar; la experiencia también tiene que ver con singularidad y con pluralidad, porque como bien lo aclara Foucault, aunque la experiencia es algo que se vive solo y que cada sujeto padece según sus particularidades, las experiencias no se propician en aislamiento, son provocadas gracias a las interacciones y a las relaciones con los otros, por esto la experiencia posee un carácter plural, donde un acontecimiento colectivo puede desembocar en experiencias singulares con efectos diversos. Y, en un escenario como el pedagógico el cual cobra sentido solamente con la presencia y la intervención de sus actores, la experiencia encuentra el ambiente propicio para emerger, para aprender y avanzar en el pensamiento con la compañía y con los aportes del otro; más que controlar la experiencia en un escenario educativo, el reto y el propósito está en provocar, en propiciar espacios de encuentro, discusión, problematización e indagación que potencien las experiencias.

Bajo estas premisas de lo que significa un encuentro pedagógico, este se reconoce como un espacio y un tiempo que construye vida, que da sentido a la vida, por lo tanto, las relaciones que se producen en estas dinámicas educativas y pedagógicas devienen experiencia; y experiencia tiene que ver con la vida propia, la del otro y las relaciones que se producen entre sí y con el mundo. De tal forma que el encuentro como un lugar de experiencia, es también un espacio de existencia comunitaria como lo planteaban los pitagóricos y los epicúreos, un lugar de hallarse con los otros, pero que exige revertir la mirada a sí mismo, a lo que somos, lo que

sabemos y hacemos, lo que implica un conocimiento de sí y una ética de saber, que supera los intereses del saber mecánico y sin sentido, es como una oportunidad para acercarse al decir veraz y al saber de manera pertinente, donde el conocimiento afecta la existencia, la transforma y se hace útil en la constitución de sí, trascendiendo en los actos cotidianos y en las relaciones con los otros, por ende afecta la vida comunitaria.

Este vivir implica también una disposición activa, del maestro y de sus estudiantes, no como activismo de velocidades y trabajos sin sentido, sino como un estar decidido, atravesado por la pasión a la apertura, dispuesto a experimentar, a transitar nuevos rumbos, asumiendo riesgos, sin certezas, simplemente viviendo y reconociendo la existencia propia y de los otros.

Por lo tanto, es a su vez un lugar para establecer relaciones pedagógicas que dialogan y tejen vida a través de la palabra, que se preguntan no solo por el saber pertinente o por adquirir informaciones, sino que se preocupan por la propia constitución, es decir, se construye un equipamiento o preparación para enfrentar la vida; es solo entonces cuando el saber hace experiencia en el sujeto, pues llega, transforma y se hace acontecimiento; pero esto requiere tiempo, sin prisas ni velocidades, el encuentro solicita un alto para la meditación, pues “[...] en la meditación el sujeto es modificado sin cesar por su propio movimiento [...] en síntesis, la meditación implica un sujeto móvil y modificable por el efecto mismo de los acontecimientos discursivos que se producen” (Foucault, 1974, p. 340); un tiempo para escuchar, sentir, pensar, para hacer una reflexión interna silenciosa, que determine significados, suspendiendo juicios, para que algo pase, se cultive la memoria, la atención, la duda y haga parte de sí como acto libertario sin dependencias del maestro o mediador, pues el saber transforma y motiva a que el sujeto dependa de sí mismo para vivir.

Referencias

- Foucault, M. (1999a). ¿Qué es la ilustración? En M. Foucault, *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, Volumen III.* (pp. 335-352). España: Paidós.
- Foucault, M. (1999b). Las técnicas de sí. En M. Foucault, *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, Volumen III.* (pp. 443-474). Barcelona, España: Paidós.
- Foucault, M. (2001). *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres.* México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2003). *El yo minimalista y otras conversaciones.* Argentina: La Marca.
- Foucault, M. (2013). *La inquietud por la verdad.* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2014). *La hermenéutica del sujeto.* Curso en el Collège de France (1981-1982). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gabilondo, A. (1999). La creación de los modos de vida. En M. Foucault, *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, Volumen III.* (pp. 9-35). Barcelona, España: Paidós.



Esta obra se terminó de imprimir y
encuadernar en diciembre de 2020 en
Búhos Editores Ltda., Tunja - Boyacá, Colombia.

La edición consta de 50 ejemplares.